

AQUEL MUNDO

Es treinta de julio y el sol sale de entre los árboles, son betulas de un verde que ahora brilla con los rayos del sol. Se escucha el largo relieve de un río que va acompañado con los choques del agua en las pequeñas cascadas que se forman. Las aves colorean el cielo con mucha alegría y hay mamíferos que pasean o despiertan a sus crías. En frente de todo, un enorme descampado, césped húmedo, acompañado con flores de todo tipo. De entre los caminos de cemento alguien aparca su bici en una valla, que diferencia las construcciones artificiales de las pocas creaciones naturales que quedan intactas. Parece que se estira en el suelo solo para mirar las formas de las nubes. Una mariposa le interrumpe la conversación con el silencio y se para a pensar en si aquel aleteo podría causar un tornado en otra parte del mundo.

Son las nueve de la tarde y ya cae el sol de agosto, el barco va hacia el Norte. Una mujer morena se acerca cada vez más al mar, parece que se siente libre. Las olas golpean contra la proa y le ayudan a respirar aire, hasta que se vuelve a ahogar. El capitán le grita desde su cabina que se vaya a dormir, que ya es tarde. La música se para y ella reconoce que aquel atardecer le ha bastado para calmar todas sus inquietudes, así que se digna a volver a su camarote. Cada uno de los dos está más alejado del otro, y de entre miles de millones de personas que hay en este mundo, el pañuelo puede envolverlos y acabar cruzándolos. Mientras las formas de las nubes entretienen a un chaval que solo busca saber cuál es el verdadero sentido del mundo, en la otra parte del cielo, donde la luna deja de esconderse entre esos cúmulos, el mar es feroz y peligroso, aunque para la muchacha que va en el barco hay más temor en sus sueños.

El cielo está demasiado claro como para poder seguir viendo formas en él. Pedaleando termina de ordenar sus pensamientos. El joven recuerda todos los libros que ha leído, en cada uno de ellos hay una pequeña parte reservada para el afecto, parece que lo necesitamos tanto que siempre lo acabamos reflejando en todas las partes de nuestros pequeños logros. Y es entonces cuando el muchacho se pregunta si es eso lo que le falta, se da cuenta de que tal vez en el globo terráqueo hay algo más.

El sol vuelve a salir como siempre por el Este, pero ella ya lleva despierta un par de horas. El desembarco se hace largo y cansado, pero ella sigue teniendo la mirada perdida en aquel mar de sensaciones, olas de calor y olores marítimos. Sin embargo, el ciclista decide ducharse tranquilamente, sintiendo el tacto de cada fría gota en su piel. Cantando una canción que habla del Sur y del amor, entiende que un cambio de aires le puede ir bien. Después de tomar la decisión parece que no hay vuelos para el próximo fin de semana, así que decide dejarlo ir.

Pasan los días, y a veces no nos damos cuenta, pero la verdad es que todo nos afecta. Acabamos tomándonos todo lo que nos pasa de manera personal, dejando de lado la idea de que el mundo gira y cada uno actúa según sus condiciones. Y tal vez sea así como, al terminar un viaje en barco que tiene la finalidad de encontrar paz y espacio, acabas llegando a un pueblo acogedor que no parece ir más allá de cuatro garitos. La villa está en la costa de Málaga y el marisco se vende barato. Las casas son blancas y siempre llevan flores, cada una de las estrechas calles del pueblo te lleva a plazas donde se venden helados y hay bares con terrazas. Son las fiestas de la zona, y se puede respirar en el

ambiente. El cielo siempre se mantiene despejado y el sol da lo mejor de sí mismo, dejando un moreno en la piel de los demás. Notáis esa sensación de tranquilidad, nos paramos a mirar la continua vida que llevamos, y no es hasta que empezamos a comparar y a preguntarnos qué verdaderamente nos daría felicidad, que entendemos un poco más que tal vez no somos tan difíciles de complacer.

El joven no se da por vencido, ya sea por tierra, por aire o por mar, consigue llegar a un destino remoto. Uno en el que parece que la fiesta acaba de llegar a su mejor momento. Supongo que sabréis que desde el momento en el que él pisa el primer grano de arena de aquella playa, le recorre una sensación por el cuerpo que le avisa de algo. Los pies de ella tocan el mar y ahora puede sentir esa electricidad. Parece que ignoran el instinto dejando pasar lo que llevan buscando toda la vida.

Muchas veces por el cuerpo nos recorren sensaciones que no somos capaces de entender, incluso podemos llegar a sentirnos mal o incómodos y no entendemos el porqué, nos cuesta tanto entendernos que puede llegar a ser desesperante. No tenemos la capacidad de poder comprender una situación hasta que no la vivimos en nuestra propia piel, así que simplemente somos incapaces de ser empáticos.

Está claro que cada vez sienten más interés el uno por el otro, se nota en las miradas. De una manera u otra, ambos acaban manteniendo una conversación, hablan de sus orígenes, de anécdotas y pasiones. Cuando ya no hay luz que alumbré deciden acercarse al pueblo y allí la música les acompaña en un baile donde un vestido de flores se envuelve en la tela rota de un pantalón blanco. Duelen los pies y sana el corazón, así durante una semana. Él tiene que irse y después de una noche de largas despedidas, a la madrugada, la pobre muchacha encuentra una nota encima de la mesita de la acogedora habitación del resort.

Donde el sol me acaricie la piel y sienta el calor en la cara, será donde respiraré el más puro aire. El verde brotará del suelo y contrastará con el azul del cielo, creando un amarillo sol. Querría ser ella y estar en aquel mundo donde los humanos desean ir porque piensan que es el paraíso, el oasis, cuando en verdad solo es un espacio sin gravedad ni ley, solo nada. Buscamos el lugar del que todos huimos, le tenemos miedo a lo que nos rodea. Eso sí que duele, saber que la voz de tu cabeza que únicamente te chilla, pega, empuja y ridiculiza tiene cara y nombre.

El dolor es la pérdida de confianza y siempre te la querrán quitar por bien propio, pero aunque llueva y te mojes de lágrimas, serás fuerte y podrás seguir caminando por los charcos del olvido. Porque en aquel destino al que te llevará la memoria siempre querrás regresar y nunca podrás. Esa sensación de querer y no poder te matará, lentamente, desde la cabeza hasta los pies. Dejándote sin alma ni capacidad de respirar, los ojos te escocerán y las piernas ni te despertarán. Y por eso todos buscamos ese arkhé, esa razón de vivir, ese alguien, ese lugar maravilloso, porque sabemos que por difícil que nos resulte nuestra causa es la felicidad, eso que todos buscamos y tan pocos encuentran. Tal vez mi mundo sea una persona y no lo sepa o tal vez no merezca causa de tal sentimiento, pero en lo más profundo de mi latido pido un pequeño respiro, que me es concedido.

Cada uno de los dos ha entendido que si el mundo ha logrado ser tan pequeño como para unirlos y darles aquello que necesitaban, conseguirán volver a verse en ese duelo con el azar. Apartados de toda aquella fantasía saben que volver a la rutina es difícil, pero que tal vez ahora lo hagan con un poco menos de tristeza.

Y es así como consigue actuar algo a lo que algunos llamamos casualidad y otros destino, millones de vidas paralelas se acaban cruzando, aunque otras caigan en el olvido. Debemos entender ese proceso de la naturaleza y aceptar que si queremos algo para siempre debe quedarse en nuestra alma, que es eterna, pero no en nuestro cuerpo.

Eladio

Prosa I, castellano